



Viernes 26

ORACIÓN

(Viernes 26 de enero del 2.007)

Canto inicial:

Bendigamos al Señor Dios de toda la creación por habernos regalado su amor. Su bondad y su perdón y su gran fidelidad por los siglos de los siglos durarán.



**El Espíritu de Dios hoy está sobre mí
Él es quien me ha ungido a proclamar
la buena nueva a los más pobres,
la gracia de su salvación (bis).**

LECTURA: Lectura del santo Evangelio según san Marcos 4,26-34

Aunque seamos como una pequeña semilla, podemos dar mucho fruto.

En aquel tiempo, dijo Jesús a la gente: - “El reino de Dios se parece a un hombre que echa simiente en la tierra.

El duerme de noche y se levanta de mañana; la semilla germina y va creciendo, sin que él sepa cómo. La tierra va produciendo la cosecha ella sola: primero los tallos, luego la espiga, después el grano. Cuando el grano está a punto, se mete la hoz, porque ha llegado la siega.”

Dijo también: -”¿Con qué podemos comparar el reino de Dios? ¿Qué parábola usaremos? Con un grano de mostaza: al sembrarlo en la tierra es la semilla más pequeña, pero después brota, se hace más alta que las demás hortalizas y echa ramas tan grandes que los pájaros pueden cobijarse y anidar en ellas.”



Con muchas parábolas parecidas les exponía la palabra, acomodándose a su entender. Todo se lo exponía con parábolas, pero a sus discípulos se lo explicaba todo en privado.

Palabra de Dios.

Para reflexionar: (Se lee en silencio)

Cuando vemos que la sociedad vive cada vez más deshumanizada, nos lamentamos y vemos lo poco que podemos hacer. Ese sentimiento de impotencia es natural. Sin embargo, los mecanismos del Reino de los Cielos nos confrontan y ayudan a no perder nunca la esperanza para que cambie hasta lo más difícil.

Al contemplar la vida de los santos, como la de S. Francisco de Asís, vemos cómo se realiza una gran obra a través de ese “pequeño instrumento”. Esto es lo que Jesús quiere decirnos: “no te preocupes si sólo eres una semilla diminuta. Siémbtrate en mi Corazón y verás hasta dónde puedes”.

Así lo hicieron un grupo de gente sencilla que siguió a Jesús: sus apóstoles. ¿Quién les iba a decir que después de dos mil años la Iglesia estaría presente en tantos lugares y atendería las necesidades materiales y espirituales de millones de personas? La fuerza de los creyentes residen en el Espíritu de Dios que acompaña a las personas que se entregan a fondo.

Podemos cambiar el propio corazón por el de Jesús, pareciéndonos a Él en todo lo posible. Así se transforma también nuestra familia y las personas de nuestro entorno. Y entre todos, impulsados por Cristo, podemos traer a este mundo la civilización del amor.



PADRE NUESTRO

